

### TEATRO Y DIVERSIONES PÚBLICAS O SOBRE UNA HISTORIA DE LAS PRÁCTICAS DEL JUEGO

Cenedith Herrera Atehortúa<sup>1</sup>

Inicio esta reflexión haciendo una pregunta —ejercicio inherente al oficio del historiador: ¿es posible historiar lo efímero presente en el teatro y en las diversiones? Toda práctica humana es plausible de investigarse, esto es, cada asunto que compete al género humano tiene una historicidad que puede leerse en relación al tiempo y a sus condiciones de emergencia. Todo —o casi todo—, tiene una historia: las hay de la mierda<sup>2</sup> —me disculparán los lectores de estas líneas por lo escatológico de la palabra—, de las alcobas,<sup>3</sup> de la belleza y de la fealdad,<sup>4</sup> y otras tan reveladoras e inspiradoras como aquella de *El queso y los gusanos*,<sup>5</sup> por citar unas cuantas. Y dejo para el último el delicioso libro de Ginzburg para responder a la pregunta con un sí rotundo, aunque algunos “puristas” hablen de que no es posible hacer historia sobre asuntos que suceden una sola vez y cambian cada vez que se re-presentan. Hablo sobre el historiador italiano porque de manera particular la microhistoria ha sido una de las herramientas que me han facilitado el acercamiento al estudio del teatro y de las diversiones —reconozco la deuda que tengo con él, con *Annales* y con la historia social inglesa.

Hablar de una historia del teatro —incluyendo a la ópera y a la zarzuela, y “en el mismo saco”, a una historia de la música— y de una historia de las diversiones —del juego, en los mismos términos propuestos por Johan Huizinga y retomados por Jean Duvignaud—<sup>6</sup>, me ha sido posible a través de un trabajo juicioso y dispendioso con las publicaciones periódicas del siglo XIX. No soy nuevo en

- 
- 1 Historiador y candidato a Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Músico y actor, Casa de la Cultura Caldas, Antioquia. Coordinador Área de Patrimonio Cultural de la misma institución.
  - 2 Dominique Laporte, *Historia de la mierda*, 2.ª ed. (Barcelona, Pre-textos, 1989).
  - 3 Michelle Perrot, *Historia de las alcobas* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011).
  - 4 Georges Vigarello, *Historia de la belleza: el cuerpo y el arte de embellecer desde el renacimiento hasta nuestros días* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2005). Umberto Eco, *Historia de la belleza*, 6.ª ed. (Barcelona: Lumen, 2005); *Historia de la fealdad* (Barcelona: Debolsillo, 2011).
  - 5 Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi- Il cosmo di un magnaio del '500* (Torino: Einaudi, 1976).
  - 6 J. Huizinga, *Homo ludens* (Buenos Aires: Emecé, 1957); J. Duvignaud, *Le jeu du jeu* (Paris: Éditions Baland, 1980 y *El sacrificio de lo inútil* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997).

estas lides; ya con mucho tino se había ocupado del teatro y de dichas publicaciones periódicas la investigadora Marina Lamus Obregón<sup>7</sup> —a quien agradezco sus textos y su calidez al atenderme en su casa en Bogotá y, cuando ha habido lugar, en Medellín—, quien desde 1998 tiene un interés manifiesto por ahondar en la historia de una práctica —la del teatro— que pareciera no tener historia, aunque sobre esta ya había hablado Fernando González Cajiao y ha sido también protagonista en la pluma de Carlos José Reyes Posada.<sup>8</sup> Y ha sido posible también porque —al menos en mi caso— me ha interesado ahondar en mis propias prácticas artísticas que también tienen mucho que ver con el juego<sup>9</sup>: las preguntas que se hace el historiador, sus objetos de estudio, obedecen a su contexto, a aquello que ha marcado su vida personal —cito por caso a la fantástica pluma de Eric Hobsbawm (1917-2012), quien vivió y escribió sobre el siglo XX y analizó de manera magistral nuestra historia política y social reciente.

Los objetos que elegí estudiar tienen que ver más que con una historia del arte —que toma a lo pictórico y sus estéticas como gran discurso— con una historia de las prácticas del arte, lo que me ha permitido ahondar en una especie de historia del gusto, puesto que ha sido este el interés de mis indagaciones, saber qué y qué no del teatro y de las diversiones les ha gustado a los medellinenses del siglo XIX; cómo estas prácticas han moldeado no solo la práctica misma —a los hombres y mujeres del teatro; a quienes juegan y a quienes no lo hacen— sino que ha servido también de modelo para las “buenas maneras” y para criticar comportamientos reprobables. Tanto unas como otras aparecen, como ya lo dejé anotado, en las páginas de la prensa de la época y también tienen lugar en la dramaturgia que se escribía en aquel entonces y era llevada a escena en el Teatro Principal de

7 Cito acá su primer y su último libro: Lamus Obregón, *Teatro en Colombia: 1831-1886. Práctica teatral y sociedad* (Bogotá: Ariel, 1998); *Pintores en el escenario teatral* (Bogotá: Luna Libros, 2014).

8 F. González Cajiao, *Historia del teatro en Colombia* (Bogotá: Colcultura, 1986); Reyes Posada y Maida Watson Espener, comps., *Materiales para una historia del teatro en Colombia* (Bogotá: Colcultura, 1978) y, más reciente, Reyes Posada, *El teatro en el Nuevo Reino de Granada* (Medellín: EAFIT, 2008).

9 C. Herrera Atehortúa, “Escenarios para el teatro y para jugar a mirar y ser mirado. Medellín, 1890-1950” (Ponencia 5 muestra regional de historia: Historia, Patrimonio y Memoria. Medellín 3, 4 y 5 de septiembre de 2014); “*Algunos ratos de solaz. Aficionados y extranjeros en el teatro de Medellín, 1831-1890*”. *A Teatro* 19 (2013); “De retretas, prestidigitadores, circos, transformistas, cinematógrafos y toros. Notas para una historia de las diversiones públicas en Medellín, 1890-1910”, *Historia y Sociedad* 24 (2013); “Placer en tierra de privaciones. Ópera, teatro, zarzuela y diversiones públicas en Medellín 1890-1910”. Conferencia Cátedra Luis Antonio Restrepo Arango (2012); “Zarzuela en Medellín. El caso de la Compañía Hispanoamericana Dalmau-Ughetti, 1894-1895”, *Historia y Sociedad* 20 (2011); “Dos de ópera y una de zarzuela. Tres compañías extranjeras en Medellín, 1891-1894”, *Historia y Sociedad* 16 (2009); “El Grupo Escénico de Medellín. De la belle époque de 1920, al ocaso de 1950” (Ponencia III Simposio Colombiano de Historia Local y Regional. La rebelión de las Provincias, Buga, Valle del Cauca, 2009); “Entre máscaras y tablas. Teatro y sociedad en Medellín, 1890-1950” (Trabajo de pregrado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2005).

Medellín y en otros escenarios que ya solo pueden verse en los archivos fotográficos de la ciudad, porque no existen.

Lo último me ha permitido cruzar la historia de esas prácticas con la historia urbana de Medellín, puesto que los escenarios teatrales de la ciudad fueron objeto de ultrajes y echados por tierra sin ningún miramiento, a favor de una desafortada y —me atrevo a afirmar— mal planeada carrera por el progreso que no ha dejado huella alguna de estos espacios y que le arrancado a Medellín sus trajes de villa colonial y ciudad decimonónica; para hablar de esos cambios, ha sido también de suma importancia la documentación del Archivo Histórico de Antioquia en la que los escenarios del teatro y de las diversiones fueron objeto de debate del Concejo y de la Alcaldía de la ciudad.

Termino esta reflexión volviendo sobre las deudas para agradecer también a los iniciadores de la nueva historia en Colombia, Jaime Jaramillo Uribe y Germán Colmenares; a la precisa y rigurosa pluma de Diana Luz Ceballos Gómez y *sus brujas*, a quien leí, primero, estando recién iniciado en la Carrera de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y conocí, después, siendo mi directora de tesis en el Pregrado y en el Doctorado en Historia de la misma universidad.

¿Por qué detenerse en todos estos autores? Pues porque somos historiadores en la medida que leemos, nos leemos y nos leen; somos —y nuestras historiografías también— producto de una disciplina de reciente estudio en Colombia, con una sólida fuerza en Latinoamérica y que propone temas y análisis novedosos y que, si bien procede de una larga tradición desde la antigüedad, en el caso europeo, está, aún hoy en día, para nuestro medio académico regional, dando sus primeros pasos, a un ritmo seguro.

Queda a los noveles historiadores la tarea de leerse, aprendernos e interpretarnos. El anterior ha sido el camino que yo he tomado, de muchas otras rutas posibles.